

21er. Domingo Ordinario C/2013

Las lecturas de este domingo nos hablan de la salvación. Nos muestran que la salvación de Dios está abierta a todos los pueblos de la tierra. Sin embargo, el hecho de que la salvación nos es dada a cada uno de nosotros no significa que es automática. Tenemos que consentir libremente en sus exigencias y vivir según los estándares de Dios a fin de merecerla.

La primera lectura describe la intención de Dios de reunir a todas las naciones de la tierra. Todos los pueblos de la tierra vendrán a Jerusalén y verán la gloria de Dios. Todos los niños de Israel dispersos entre las naciones llegarán con ellos. Como Israel lo hizo en el pasado, traerán ofrendas y sacrificios al templo del Señor en Jerusalén. De entre ellos, Dios elegirá sacerdotes para la gloria de su nombre.

Lo que este texto nos enseña es que el mundo entero pertenece a Dios. Por eso, Dios conoce los pensamientos de las personas y de las naciones que están en el mundo. Otra idea que tenemos en el texto, es que si el mundo entero pertenece a Dios, entonces Dios no es solo el Dios de Israel, sino de todos los pueblos de la tierra. Por esta razón, todos los pueblos deben honrarlo y ofrecerle su alabanza.

Este texto nos ayuda a entender mejor el Evangelio de hoy en cual Jesús nos advierte sobre el peligro de perder nuestra salvación. En primer lugar, el Evangelio comienza con la pregunta a Jesús sobre el número de los que se salvan, si estos serán pocos o muchos.

Sin contestar directamente, Jesús invita al que le pregunta a esforzarse para entrar por la puerta angosta, porque muchos tratarán de entrar, pero no todos podrán lograrlo. Entonces, Jesús les dio una parábola diciendo que después de que el dueño de la casa haya cerrado la puerta, no dejará entrar a los que estén afuera, porque no los conoce.

A pesar de su reclamo diciendo que comieron y bebieron con él; a pesar de su aseveración que el maestro enseñó en sus plazas, el los rechazará porque no los conoce y también los considera malhechores.

Por consiguiente, llorarán y se desesperarán cuando vean a Abraham y a los profetas en el reino, mientras que ellos serán expulsados. El Evangelio termina con la advertencia de Jesús diciendo que muchos vendrán de todas partes de los puntos cardinales de la tierra para participar en el banquete del reino de Dios y que los últimos serán primeros y los primeros serán los últimos.

Todas las lecturas de este día nos advierten sobre el peligro de la presunción humana sobre la salvación eterna. De hecho, como hemos oído en la primera lectura así como en el Evangelio, la salvación es ofrecida a todos los pueblos de la tierra sin distinción de raza, lengua o nación. Es así, porque todos los pueblos son las criaturas y los niños de Dios. En esta perspectiva, la salvación es universal e inclusiva. Del mismo modo, Dios está abierto a cada uno de los que lo buscan. No excluye a nadie. Si alguien quiere entrar en su reino, Dios se lo permite.

Aunque la salvación sea inclusiva y universal, sin embargo, no es automática. Solo los que se comportan dignamente según los mandamientos de Dios pueden recibirla. Por eso, es imposible vivir una vida desorganizada y esperar al mismo tiempo entrar en el reino de los cielos.

Esta es la razón por la que Jesús insiste en que entremos por la puerta angosta. La puerta angosta es el símbolo de esfuerzo, sacrificio, renuncia de los pecados y la conversión del corazón. En este sentido, la fidelidad a Jesús y a sus mandamientos es muy importante si queremos entrar en su reino. Si no lo hacemos así, hay un peligro de perder nuestra salvación eterna. Así comprendemos porque Jesús dice los últimos serán los primeros; y los primeros serán los últimos.

Lo que todo esto quiere decir es que Dios quiere salvarnos, pero no puede salvarnos sin nuestra cooperación. Cooperar significa vivir según sus mandamientos y renunciar los pecados. Si no lo hacemos así, seremos sorprendidos un día y quedaremos fuera del reino de Dios. Creo que esta es la razón por la que la presunción de pensar que una vez que somos bautizados tenemos la salvación es peligrosa. Creo también que esta es la razón por qué Jesús no contestó directamente la pregunta de si sólo serán pocos los que se salven.

De hecho, al permanecer en silencio, Jesús deja esta pregunta abierta. Pero, al mismo tiempo, su silencio nos recuerda que lo más importante no es saber el número de la gente que se salvará sino la de hacer todo de acuerdo a nuestras capacidades a fin de ser salvados.

De esta visión, hay algunas consecuencias. La primera es sobre la importancia del tiempo presente. Los británicos dicen que, “el Tiempo es el dinero”. Digamos que para nosotros el tiempo es un factor importante en cuanto a nuestra salvación. El tiempo que tenemos hoy es el momento que Dios nos da para trabajar por nuestra salvación.

Lo que hacemos hoy por nuestra salvación es importante, porque prepara nuestro futuro con Dios. Significa también que el tiempo vendrá donde la posibilidad de recomenzar la vida o de tener una segunda posibilidad será imposible. Esta es la razón porque tenemos que aprovechar el momento presente como una gracia que Dios nos da para convertirnos y volver a Dios. Recordarnos que habrá un tiempo donde la puerta será cerrada y toda la historia humana llegará a su fin.

Segundo, hay la oportunidad del momento. La experiencia humana nos ha enseñado que la vida tiene algunas oportunidades. Las oportunidades vienen y van. Sin embargo, la oportunidad que perdemos hoy, no estamos seguros de que podamos tenerla mañana. Si no podemos tomar una decisión mientras vivimos todavía hoy, quién sabe lo que nos pasará mañana.

Oremos, entonces, para que el Señor nos ayude para aprovechar las circunstancias de nuestra vida presente y trabajar por nuestra salvación eterna. ¡Que Dios nos de la gracia de la conversión a fin de que cambiemos por el reino de Dios! Que Dios nos bendiga y nos ayude a perseverar a pesar de las circunstancias difíciles que cruzan nuestra vida! ¡Que Dios los bendiga a todos!

Isaías 66, 18-21; hebreos 12, 5-7. 11-13; Lucas 13, 22-30



Fecha de la Homilía: el 25 de Agosto, 2013
© 2013 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org
El nombre de Documento: 20130825homilia.pdf